

lloc habitable. Així doncs, la seua defensa ètica de la interdependència no se cenyeix a la igualtat entre éssers humans, sinó que inclou també un compromís ferm amb la Terra i la conservació de tota la vida que hi habita.

En aquest llibre, Butler parteix de les condicions de vida que s'han fet patents en l'actual situació de pandèmia per a activar una reflexió més àmplia sobre quin món és aquest i en què es diferencia del món en el qual volem viure. El seu propòsit és repensar l'ontologia corporal atesa la condició de vulnerabilitat, porositat i interrelació de totes les vides respecte a les altres i al planeta que les sosté, amb la voluntat de suggerir una nova manera d'entendre les desigualtats. En conseqüència, l'autora subratlla pertinençament la necessitat d'ampliar els drets socials amb la condició que assegurin protecció i empara a totes les vides, però per a assolir-ho és indispensable desprendre's de la lògica de mercat imperant i incentivar un sentit diferent del món, fonamentat en un conjunt de valors comuns

que afirmen el valor de la igualtat radical, en lloc de destruir-lo.

En aquest sentit, l'objectiu de Butler és més que necessari i les reflexions que desenvolupa en el llibre ens porten a comprendre els supòsits i les conseqüències últimes de les mesures preses per quasi tots els governs del món durant la crisi de la covid-19. A més, aconsegueix conjugar eficaçment una perspectiva teòrica sobre la configuració dels cossos, una fina anàlisi social dels problemes que implica la conjunció del sistema capitalista, el racisme estès i la crisi climàtica que defineixen el nostre temps present, amb exemples concrets tant de les experiències de la pandèmia com de mobilitzacions socials àmpliament conegudes. El resultat final és un interessant i important assaig que no es limita a examinar amb precisió les arrels dels problemes actuals, sinó que també llança esperança i il·lumina el camí per a construir un món diferent, més igualitari i que garantisca les condicions d'una vida vivible per a tothom.

Clara Morellà Violeta

Universidad Carlos III de Madrid

<https://doi.org/10.5565/rev/enrahonar.1465>



MACHO, Thomas (2021)

Arrebatat la vida: El suicidio en la Modernidad

Alberto Ciria (trad.)

Barcelona: Herder, 521 p.

ISBN 978-84-254-4290-2

Thomas Macho reúne en su libro *Arrebatat la vida: El suicidio en la Modernidad* una serie de relevantes y reveladoras observaciones científicas y filosóficas acerca de un asunto vital —igual de tabú que la muerte en la sociedad actual— que se esconde, pero no por ello desaparece. Macho, quien fue profesor de Historia Cultural en la *Universidad Humboldt*, de Berlín (Alemania), hasta 2016, refleja en

la obra su maestría con interesantes datos históricos, sobre todo enfocados en la Modernidad, acerca del suicidio.

Suicidio, «darse muerte a sí mismo», «matarse a sí mismo», «poner fin a la propia vida», *self-homicide*, *self-destruction*, *mors voluntaria*, *mortem sibi consciscere*, etc. La suicidiología o suicidología —de ambas maneras se ha escrito, aunque la más empleada y acertada es *suicidología* y

así se escribirá en adelante— es la disciplina teórico-científica cuyo objeto de estudio es el suicidio, su prevención y los posibles tratamientos para aquellos que sobreviven. Dicho esto, cabe agregar que esta disciplina «debe mucho a su pionero, Émile Durkheim, así como a Sigmund Freud y sus sucesores. Conoce un gran auge en la década de 1960 en relación sobre todo con la prevención, con autores como E. S. Shneidman» (Janín, 2009: 367). La consideración del suicidio no únicamente como un problema grave y permanente en la cultura occidental, sino como uno de los factores que la definen la ofreció Durkheim. Hoy en día aún se acude a la definición que escribió en *El suicidio: Un estudio de sociología*, una de sus obras más destacadas: «Se llama suicidio a todo caso de muerte que resulte, directa o indirectamente, de un acto, positivo o negativo, realizado por la víctima misma, a sabiendas del resultado. La tentativa sería el mismo acto cuando no llega a término y no arroja como resultado la muerte» (Durkheim, 2012: 14). Por su parte, las investigaciones de Shneidman —psicólogo, suicidólogo y tanatólogo estadounidense considerado el padre de la suicidología moderna— supusieron un haz de luz y un punto de inflexión en el estudio del suicidio y de cómo este es comprendido en la actualidad. En sus primeras hojas, Macho escribe sobre él y pone de relieve cómo el crecimiento y la consolidación de la suicidología como ciencia de relevancia fue, en su justa medida, gracias a Shneidman. A pesar de esto, se plantea:

¿Pero cómo se pueden entender e interpretar los motivos o las preguntas si lo que queda en primer plano son, sobre todo, las condiciones previas para evitar en lo posible que tales motivos y preguntas se planteen? En sus obras posteriores, Shneidman tomó como tema central de su trabajo la conciencia suicida (*suicidal mind*) e hizo una especie de *close reading* o examen detenido de casos reales aisla-

dos de suicidio o intentos de suicidio. (Macho, 2021: 14)

El recorrido histórico del suicidio, así como los cambios de paradigmas culturales que han sido determinantes en la comprensión y el manejo del suicidio en una sociedad, es abrumador y delicado. Pensar el suicidio en la actualidad es un asunto tabú, en exceso. La suicidología como ciencia preventiva, en su deseo de paliar el dolor y el sufrimiento, tilda al suicidio de amenaza, de algo que evitar a toda costa. «En una palabra, los suicidios son malos: aunque ya no se consideren pecados mortales o crímenes, sí se siguen considerando irracionales y patológicos» (p. 15), escribe Macho. Sin embargo, el autor austríaco también escribe que «la Modernidad es una época en la que ha cambiado la valoración del suicidio, el cual ya no se persigue, ni se demoniza ni se convierte en tabú. Ya en el pensamiento de la Ilustración deja de considerarse un pecado mortal y pasa a verse como una enfermedad, y desde 1751, [...] matarse a sí mismo se ha ido descriminalizando paulatinamente» (p. 498). La descriminalización del suicidio es una victoria.

En tiempos pretéritos, por muchos y largos siglos, el suicidio era considerado «pecado mortal», una cantosa errata en el texto que narra la historia personal de cada cual, o una señal de enfermedad mental. Con los avances, ha sido posible patologizar el suicidio y, por consiguiente, progresar en su estudio. Sin embargo, hoy día ese proceso patologizador del suicidio también es, cuando menos, cuestionable. Los avances que cercan todavía más el suicidio y posibilitan una profundización en el estudio de la muerte voluntaria se «llevan casi en secreto» y con sumo pudor por las represalias morales de la sociedad. Comenzando por ser un asunto tabú, el suicidio desafía a la sociedad y su comodidad, por eso es silenciado. Entre hablar sobre el asunto y callar, a fin de protegerse de incomodidades y

tensiones en apariencia innecesarias, se escoge guardar silencio.

Acostumbro en mis reseñas a destacar ciertas referencias del libro que, a mi juicio, son dignas de mención. Como es obvio, el criterio de selección de dichas referencias es personal, pero todas responden a la pregunta «¿De qué trata el libro?»:

[...] ¿el suicidio está permitido o prohibido? Esa pregunta tiende a ocultarse tras aspectos terminológicos o de traducción: ¿debemos hablar de suicidio, de muerte voluntaria o de matarse a sí mismo? Hablar de matarse a sí mismo recuerda a la prohibición del decálogo de matar, y por eso se suele evitar en la bibliografía actual. (p. 40)

Para la nueva valoración del suicidio en la Modernidad fue decisivo el auge de la medicina, la psiquiatría y la psicología, que contribuyeron cada vez más a justificar el suicidio, aunque al precio de declararlo una patología. Se podría decir que el pecado fue sustituido por la enfermedad y los sacerdotes por los médicos. (p. 93-94)

La tesis fundamental de este libro es que la cuestión del suicidio es el tema central de una Modernidad que también hay que describir como la época de las conquistas y del colonialismo. Como consecuencia de una nueva valoración del suicidio, que desde la Ilustración ya no se considera prioritariamente pecado o delito, sino más bien una enfermedad, e incluso una

especie de tecnología del yo, las figuras premodernas del suicidio, que en los siglos pasados habían sido reconocidas al menos parcialmente —el suicidio heroico (en la Antigüedad), el martirio (en el medievo cristiano) y el suicidio por necesidad (desde los comienzos de la Modernidad)— asumieron su perfil específicamente moderno. (p. 297)

Así como se desprende de las citas correspondientes a la obra de Thomas Macho, *Arrebatar la vida: El suicidio en la Modernidad* es una mina de datos harto pertinentes e interesantes sobre la materia. No se presenta un manual sobre el suicidio, sino una oda respetuosa, una refinería de controversias y tabúes de una calidad sin precedentes y cuya profundidad es digna de elogio. Tengo la obligación para con el lector de recomendar encarecidamente la obra de Macho por mil motivos, sin embargo, el primero no es otro que este: la obra de Macho es una concienzuda y entregada labor en torno a uno de los misterios, a la vez que catastróficos y terriblemente crudos para los sobrevivientes, del ser humano y su peculiar relación con la muerte y su muerte.

Referencias bibliográficas

DURKHEIM, Émile (2012). *El suicidio: Un estudio de sociología*. Madrid: Akal.

JANÍN, Carlos (2009). *Diccionario del suicidio*. Pamplona: Laetoli.

Alejandro G. J. Peña
Universidad de Málaga

<https://doi.org/10.5565/rev/enrahonar.1467>

